

***HISTORIA DE ESPAÑA- 6***

*Capítulo 5*

***DEL IMPERIO CRISTIANO A LOS  
REINOS BÁRBAROS.***

TEXTOS NARRADOR

Guión.- Adolfo Dufour Andía  
Asesor histórico.- Jaime Alvar

A finales del siglo II, Hispania alcanza su más alto desarrollo económico bajo el mando de Roma; gracias al apoyo estatal, las empresas olivareras y las mineras producen grandes beneficios. Una gran cantidad de dinero, producto de los impuestos, y de metales sale de la península Ibérica para enriquecer al imperio romano. Los ciudadanos hispanorromanos nutren las filas del ejército y colaboran en la defensa de las fronteras imperiales. La cultura latina ha impregnado en los habitantes de Hispania. Las clases más acomodadas, que tienen al alcance el preciado bien de la escritura, enseñan a sus hijos a hablar y escribir en latín.

Los vínculos con la metrópoli romana se intensifican no sólo con las letras sino también con la ingeniería. Se construyen puentes y calzadas que unen entre sí a los diversos territorios de Hispania y a ésta con el resto del imperio y con la capital romana.

En las ciudades se refracta el poder político del imperio romano. Las urbes hispanas se dotan de la arquitectura necesaria para proclamar el prestigio de una civilización. La ornamentación y la complejidad de la organización social parecen refrendar un poder omnímodo e imperecedero.

Pero, entre la ostentación de los poderosos, los más humildes se afanan en la difícil tarea cotidiana de la subsistencia.

En los contornos de los grandes edificios públicos malvive una buena parte de la población alojada en edificios de varios pisos que esconden miserables compartimentos de alquiler. El poeta latino Juvenal satiriza la terrible situación de numerosas familias:

**VOZ JUVENAL (off).- Es después de que el gestor del edificio haya tapado el hueco de una antigua grieta, e invita a la gente a dormir ya seguros, cuando amenaza el desastre. El fuego puede ya estar en el tercer piso y tú todavía no te has enterado. En la planta baja cunde el pánico, mientras se asa el inquilino del último piso, sólo protegido de la lluvia por algunas tejas.**

NARRADOR (off).- La influencia social adquirida por la aristocracia hispanorromana permite que accedan al poder de Roma emperadores de origen hispano. Con Trajano, la expansión romana llega a su máximo apogeo. Adriano, su sucesor, inaugura un largo periodo de paz que sería recordado como “la época más feliz del imperio”.

Pero una amenaza se cierne cada vez con mayor fuerza sobre Roma desafiando su hegemonía: los bárbaros. Éste es el nombre dado por griegos y romanos a los extranjeros, desconocedores de la civilización clásica. El término acaba transformándose para denominar de esa manera a los belicosos pueblos que se encuentran tras los límites del imperio romano.

A finales del siglo II, el emperador Marco Aurelio muere de peste en el bajo Danubio defendiendo las fronteras de Roma. Su desaparición provoca una fuerte crisis de sucesión que tiene graves consecuencias en Hispania.

A Marco Aurelio le sucede su hijo Cómodo; megalómano, llega a creerse la reencarnación de Hércules y a combatir como gladiador. Tras ser asesinado por sus propios consejeros, se desata la lucha por el poder. Las conspiraciones y las muertes de efímeros emperadores son el preámbulo de la aclamación por el ejército del cónsul Séptimio Severo como emperador. Albino, gobernador de Britania, no lo acepta y es apoyado, entre otros, por la aristocracia hispanorromana de la Bética. Estalla una nueva guerra civil en el imperio.

Una vez victorioso, Séptimio Severo no olvida. Confisca las propiedades de los latifundistas hispanorromanos que le han hecho frente y ejecuta a muchos de ellos.

No es la única calamidad que afecta a la economía hispana. Aprovechándose de las rencillas internas, diversas bandas penetran en el sur peninsular desde el norte de África y saquean los territorios agrícolas. La exportación de aceite, acosada ya por los impuestos y la competencia del oriente, se ve afectada.

El siglo III se caracteriza por la inestabilidad política ocasionada por los golpes militares. El imperio romano entra en una grave crisis que afecta a todos los fundamentos del Estado e inicia su caída. La economía se debilita; las monedas se acuñan cada vez con menos plata y más plomo. La sociedad vive sobrecogida.

Por otro lado, los generales romanos, inmersos en luchas fratricidas, descuidan las fronteras. Siendo emperador Póstumo, a mediados del siglo III, los francos y alamanes invaden la Galia e Hispania destruyendo campos y ciudades de la actual Catalunya, el valle del Ebro y Levante.

La devastación sufrida se añade a la ya producida por la enfermedad de la peste que, durante años, se abate sobre algunas comarcas del valle del Ebro. Ciudades como Bílbilis (Calatayud), Ilerda (Lleida) y Calagurris (Calahorra) son asoladas por la epidemia.

En Roma, tras 50 años de guerras civiles, el general Diocleciano es nombrado emperador en el año 284. Para evitar nuevos levantamientos militares y asegurar la correcta administración de los vastos territorios del imperio romano, Diocleciano lo divide en dos partes, oriental y occidental.

Aunque la unidad política de Roma es salvaguardada, dos emperadores, con el título de “Augustos”, regirán cada parte.

Diocleciano se reserva el oriente; para gobernar occidente designa a un prestigioso general: Maximiano.

Cada uno de ellos es ayudado en el gobierno por un colaborador con el título de “César”. Son nombrados Constancio para Occidente y Galerio para Oriente. Es el conocido como Gobierno de los cuatro, la Tetrarquía. Cada 20 años los emperadores finalizarían su mandato, siendo sustituidos por los “Césares” que con el cargo ya de “Augustos” nombrarían nuevos sucesores.

La división política conlleva una nueva organización administrativa del mundo romano. Hispania es adscrita a la prefectura del pretorio de las Galias. Se crea la figura de un Vicario, responsable administrativo de Hispania, lo que significa un primer reconocimiento de la realidad específica del territorio peninsular y de sus habitantes.

Las provincias hispanas se agrupan en una diócesis. Se modifican sus límites. La tarraconense se desglosa con la aparición de la cartaginense. A la diócesis hispana se agrega una porción del norte de África, la Mauritania Tingitana, con capital en Tingis (la actual Tánger).

Diocleciano cree que con las reformas puede frenar el declive del imperio; pero, además, quiere fortalecer, en torno a la figura del emperador, la cohesión ideológica de Roma. Por ello revitaliza los viejos cultos patrios y persigue a los enemigos del orden establecido, en especial a los que se niegan a celebrar sacrificios por la casta imperial y por Roma.

Desde Augusto, los emperadores difuntos reciben honores divinos pero los seguidores de una nueva religión, la cristiana, no sacrifican por el bienestar del imperio y de los emperadores, lo que es considerado como un acto de insumisión; para los cristianos sólo existe un Dios, único y verdadero. Y por él, están dispuestos al sacrificio que les abrirá las puertas de una nueva vida ultraterrenal. Desde los puertos mediterráneos del oriente medio, las nuevas ideas cristianas viajan por todos los caminos y logran, gracias a la tenacidad de hombres como Sáulo (San Pablo) llegar a todos los confines del imperio romano.

Nadie en su sano juicio hubiera apostado por el fulgurante éxito de esta religión surgida en el pueblo judío, el más odioso para los romanos, iniciada, además, por un ajusticiado: Jesucristo.

La convicción de sus seguidores y una fe mesiánica en el carácter divino de su fundador propagó sus enseñanzas y su visión del mundo.

A lo largo de diversas épocas, de manera intermitente, algunos emperadores ordenan una sangrienta represión contra los cristianos que tienen que organizarse en la clandestinidad pues su culto está prohibido; se agrupan en comunidades de reducido tamaño, fuertemente jerarquizadas y aferradas sólidamente a los textos canónicos para evitar desviaciones que puedan debilitarlos. Diocleciano desencadena una terrible persecución; algunos cristianos no dudan en entregar su vida antes que renunciar a sus convicciones. Los mártires cimentan nuevas adhesiones de gentes que admiran su sacrificio. La represión de Diocleciano en lugar de aniquilar el cristianismo contribuye, paradójicamente, a propagarlo.

Los estudiosos debaten si en Hispania, el cristianismo penetra desde el norte de África o si, como pretenden ciertas tradiciones, arraiga debido a la evangelización, hasta ahora no constatada y escasamente probable, de los apóstoles Pablo y Santiago y los siete varones apostólicos.

A comienzos del siglo IV, Diocleciano abdica. Retirado en su ciudad natal, Salona, la actual Split, en Croacia, ve cómo sus esperanzas de estabilidad política culminan en el fracaso. Los Césares que han pasado a Augustos y los sucesores de éstos se envuelven en una terrible guerra para copar el poder de modo unipersonal.

Constantino, el hijo del antiguo César, Constancio, y de Elena, convertida al cristianismo, va a librar en el puente Milvio la decisiva batalla contra Magencio por el control del Imperio. Su situación militar es desesperada, pero entonces- cuenta la leyenda- vio en el cielo una señal mientras le era transmitido el misterioso mensaje: “Bajo este signo vencerás”. Más allá de la leyenda lo que se sabe es que, influenciado por la victoria y por los consejos de su madre Elena, consagra, con el Edicto de Milán en el año 313, la libertad de los cristianos para celebrar su culto. En Hispania, los grandes propietarios, cada vez más presionados fiscalmente, abandonan las ciudades y se instalan de manera permanente en sus residencias rurales, las villae. Allí, ejércitos privados garantizan la seguridad de personas y bienes. Los terratenientes transforman las estancias adecuándolas para no echar en falta el lujo del que habían disfrutado en sus mansiones de las ciudades.

Este nuevo tipo de vida y la explotación de los grandes campos consolida el latifundismo, un sistema que caracterizará a muchas zonas de la geografía española hasta épocas bien recientes y que aún hoy en el siglo XXI perdura en algunas regiones.

Los trabajos agrícolas necesitan abundante mano de obra. En los campos y ciudades la falta de trabajo empuja a muchas gentes a solicitar manutención en las villae. Los propietarios imponen vínculos de por vida a las familias; los colonos son adscritos al suelo y sometidos a sus señores por medio de arrendamientos y aparcerías; progenitores e hijos funden su destino con el de unas tierras que jamás serán suyas.

La difícil economía en las urbes, empuja a los artesanos a formar talleres ambulantes que se desplazan de unas villae a otras. Su arte traspasa las fronteras del tiempo y perdura en la historia como testimonio de su creatividad mientras representa las costumbres de la vida real o imaginada de los propietarios.

Al margen de la exhibición del lujo refinado en las estancias señoriales, el arte sirve para expresar también la paulatina transformación de los sentimientos religiosos. Los ritos mortuorios varían. La incineración, práctica mayoritaria hasta entonces, va siendo sustituida por la inhumación. Monumentos funerarios y sarcófagos subliman su decoración para otorgar a los muertos la dignidad necesaria en la resurrección.

Los motivos cristianos van introduciéndose poco a poco en el arte funerario hasta confundirse con los signos paganos. Escultores, pintores, artesanos, se afanan para que la expresión estética conforme la ideología en el nuevo arte paleocristiano. Las autoridades eclesiásticas hispanas animan el arte y vigilan su contenido.

Una colección de Actas conciliares atribuidas a un posible Concilio celebrado en Ilberris, la actual Granada, constituye una importante fuente de conocimiento de las características de los primeros cristianos de Hispania. A comienzos del siglo IV, Las comunidades cristianas acogen a todas las categorías sociales desde oligarcas hasta esclavos y prostitutas. Prohíben a los fieles cualquier actividad que pudiese ser contraria a lo que se considera comportamiento cristiano como la participación en las carreras de cuadrigas, el teatro y, por supuesto, el culto al emperador.

Marcan, además, la radical separación de las comunidades cristianas con las judías e impiden los matrimonios mixtos con no cristianos.

La crisis de la vida en las ciudades afecta decisivamente a las arcas del imperio ya que, sin el orden establecido en ellas, el estado no puede controlar los impuestos mediante los que se financia. Cada vez es necesario más dinero para mantener un ejército muy numeroso enredado en guerras internas y en la defensa de las fronteras ante la presión de los pueblos bárbaros. Es una amenaza cierta pues los godos llegan a dar muerte, a fines del siglo IV, al emperador Valente. Paradójicamente, después de ello, los romanos llegan a acuerdos con los godos por los cuales éstos aceptan el mando de Roma y sirven de apoyo al ejército imperial.

Las autoridades romanas para evitar la despoblación de las urbes, obligan con nuevas leyes a que los habitantes de las ciudades ejerzan la profesión de sus padres. Los antiguos dignatarios de las ciudades, los decuriones, han de responder de la recaudación de impuestos.

La férrea organización que habían mantenido las comunidades cristianas durante los periodos de persecución sirve ahora al poder imperial. Las autoridades religiosas, los propios obispos, son encargados por la administración romana de la recaudación de los tributos para el fisco.

Al observar la creciente influencia del cristianismo, los antiguos aristócratas hispanorromanos abrazan la nueva fe y se hacen con cargos eclesiásticos.

La colaboración de la naciente Iglesia con el poder imperial proporciona nuevas formas de cohesión a la sociedad urbana, la reestructura infundiéndole un nuevo espíritu. Los sectores más integristas y ascéticos de la jerarquía eclesiástica consiguen que se prohíban los juegos escénicos, los juegos gladiatorios y el recreo en las termas. Los viejos edificios emblemáticos de las ciudades hispanorromanas quedan en ruinas y sus piedras sirven para construir murallas o iglesias.

Muchas de las más adineradas familias han comprendido que la salvación de sus patrimonios pasa por desembarcar ellos mismos en la jefatura eclesiástica. Cada vez en mayor medida, algunos jefes religiosos acumulan, además de poder, riquezas.

Un hombre de origen galaico, Prisciliano, alza su voz contra la degradación del mensaje de Cristo. Su reclamo de austeridad pronto tiene numerosos seguidores que se unen en grupos de ascetas que buscan la perfección espiritual. Prisciliano defiende que se pueden interpretar las escrituras sin la necesidad de estar investido sacerdote, la bondad de la pobreza, la igualdad de hombres y mujeres, el libre examen de los textos bíblicos; además, se enfrenta con los altos dignatarios de la Iglesia cuestionando su acumulación de caudales y cargos.

Para las autoridades religiosas es primordial conseguir la unidad de todos los cristianos en torno a un dogma y terminar con la disgregación de los grupúsculos que gozan de cierta libertad ideológica.

Los Concilios son el foro donde se dirimen las diferencias. El establecimiento del dogma esconde una auténtica lucha política. En el Concilio de Caesaraugusta (Zaragoza), en el año 380, las tesis priscilianas son declaradas heréticas. Tras el fallido intento de sus seguidores de imponer a Prisciliano como Obispo de Mérida, es, pese a todo, nombrado Obispo de Ávila. Tras largas intrigas, el encono de los Obispos de Mérida y de Ossonoba, Hidacio e Hitacio, consigue que Prisciliano sea desterrado y confinado en la ciudad centroeuropea de Tréveris donde reside el emperador Máximo, usurpador del trono, también de orígenes hispanos. Allí, Prisciliano, en el año 385, es condenado a muerte. Su memoria perdura durante siglos en la conciencia popular. De gran arraigo en Galicia, algunas historias cuentan que los adeptos de Prisciliano trajeron su cuerpo a la Península e incluso los más aventurados defienden que la tumba que empezó a venerarse en plena Edad Media en Compostela no era la del apóstol Santiago, sino la del Obispo heterodoxo.

El priscilianismo no respondía sólo a cuestiones religiosas. Era la expresión del descontento popular existente en Hispania ante la penuria económica y la corrupción. Otros síntomas diferentes de la misma enfermedad social toman cuerpo. Durante los siglos IV y V, campesinos insurgentes abandonan las tierras y forman grandes grupos que se dedican al pillaje, llegando incluso a asediar ciudades. Reciben el nombre de baugadas, un fenómeno revelador de la desesperación y la violencia de las gentes sometidas al penoso trabajo en los latifundios.

A fines del siglo IV, el imperio romano aparenta resurgir con la llegada al poder del emperador Teodosio, nacido en la ciudad hispana de Coca. El orador galo Pataco saluda la llegada a Roma del nuevo soberano.

**VOZ PATACO (off).- Hispania nos ha dado el dios que podemos ver.**

NARRADOR (off).- La aureola de emperador aún conserva un cierto carácter de divinidad terrenal, visible, contrapuesta a la divinidad celestial que no se puede ver. Pero Teodosio es pragmático. Cuando sube al trono sabe de la influencia que la religión cristiana tiene entre los súbditos del imperio. Obispos y monjes son los nuevos dirigentes de una sociedad que cree que su destino depende exclusivamente del favor del Dios cristiano.

En el año 380, Teodosio reconoce al cristianismo como única religión oficial del imperio y prohíbe y persigue cualquier otro tipo de culto. Los paganos son proscritos.

El cuidado de las relaciones que Teodosio mantiene con los poderosos Obispos sintetiza el vuelco que ha dado el imperio. Pero, pese a ello, no puede evitar nuevos conflictos.

Teodosio, bajo la inspiración del Obispo de Milán (Ambrosio), proclama una ley que castiga a pena de muerte a los que practiquen vicios “contra natura”. Un auriga homosexual, muy apreciado popularmente, es condenado. El pueblo inicia una revuelta para defenderlo y protestar además contra los soldados bárbaros al servicio del emperador. La represión ordenada por Teodosio es brutal. Tres mil personas son ajusticiadas. Ambrosio se niega a dar la comunión al emperador mientras éste no haga penitencia pública. Al fin, consigue que Teodosio, con saco de penitente, se arrodille ante él. Por primera vez el poder político se humilla ante el religioso y reconoce su preponderancia. Los obispos ven reconocida su autoridad para juzgar a los soberanos por hechos de gobierno. Teodosio que pasará a la historia con el apelativo de “el Grande” como reconocimiento a su labor en favor del cristianismo, ordena repartir, a su muerte en el año 395, el imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio. Tras varios siglos de unidad, el imperio romano se fractura políticamente. Mientras que el imperio oriental, con sede en Constantinopla, perdurará aún casi mil años más, el occidental que había trasladado su capital de Roma a Rávena, ciudad más pequeña y por tanto más defendible, queda a merced de las incursiones bárbaras que acabarán destruyéndolo apenas 80 años después de la división.

A comienzos del siglo V, grupos de suevos, vándalos y alanos, atraviesan el Rin y tras invadir la Galia llegan a Hispania. Los suevos se establecen en Galicia, los alanos ocupan la Lusitania y la Cartaginense y los vándalos la Bética.

Las invasiones se ven favorecidas por la falta de resistencia de los habitantes hispanos hartos de la administración romana que los satura de obligaciones e impuestos y que es incapaz de garantizar su seguridad y sus bienes. El presbítero hispano Orosio lo refleja en sus escritos:

**VOZ OROSIO (off).- A pesar de todo, los bárbaros, despreciando las armas, se dedicaron a la agricultura y respetan a los romanos que quedaron allí poco menos que como aliados o amigos, de forma que ya entre ellos hay algunos ciudadanos romanos que prefieren soportar libertad con pobreza entre los bárbaros que preocupación por tributo entre los romanos.**

NARRADOR (off).- Diez años después de la invasión bárbara, el decaído imperio romano acude a sus aliados godos para que recuperen Hispania y la devuelvan a la tutela de Roma.

Los visigodos en dos años expulsan y acaban con alanos y vándalos que pasan al norte de África. Los suevos, aislados en el norte occidental, permanecen en Galicia.

El emperador romano cede una gran parte de las Galias a los visigodos que sitúan su capital en Toulouse. Necesitan leyes que regulen su sociedad y amparen su fuerza. Adoptan por mandato de su rey Eurico la Lex Visigothorum. En gran medida, es un compendio del derecho romano. En otra paradoja más de la historia, un pueblo, el visigodo, que propicia la desaparición de Roma, prolonga la cultura del imperio que fenece y al transmitirla hace perdurable la civilización romana.

Los visigodos deciden incorporar a sus dominios algunas partes de Hispania. Zaragoza, Pamplona y Tarragona caen en manos de Eurico que no duda en castigar con la mayor crueldad a los disidentes. Uno de los sublevados contra el poder godo, Buruñuelo, después de capturado, es trasladado a Toulouse y quemado dentro de un toro de bronce.

Un nuevo pueblo, el de los francos, invade la Galia y derrota a los visigodos dando muerte a su rey Alarico II. Los visigodos han de refugiarse en Hispania para defenderse tras las montañas de los Pirineos. Nunca retornarán al norte; Hispania será su patria.

En la plaza de Oriente de Madrid, cerca del Palacio real, las esculturas recuerdan a los reyes godos: Amalarico, Teudis, Teugideselo, Atanagildo, Leovigildo, Recaredo, Liuva, Recesvinto, Vamba, Suintila, Vitiza, Rodrigo..... Con la llegada de los visigodos, por primera vez la península Ibérica es un estado independiente. Los visigodos, que sitúan su capital en Toledo, son apenas 200.000, una quinta parte de la población hispana, pero el pueblo godo se mueve como un único ejército. Los visigodos tienen fuerza militar para controlar los territorios pero tienen graves inconvenientes para organizarlos.

La monarquía goda es electiva. Los reyes se eligen de entre las familias aristocráticas. La ambición de poder ciega a los nobles. Casi todos los reyes reinan durante breve tiempo pues normalmente terminan siendo asesinados. Los regicidios debilitan profundamente al Estado.

Por otra parte, los godos son cristianos de creencia arriana, que cuestiona la naturaleza divina de Cristo y está declarada como herética por la Iglesia. Ello establece una profunda fractura con la sociedad hispanorromana de fe católica que se resiste a integrarse. En la península ibérica conviven dos pueblos con credos distintos compartiendo un mismo reino. De hecho las nuevas leyes prohíben los matrimonios mixtos entre ambas comunidades.

El imperio bizantino se aprovecha de la debilidad goda. El noble godo Atanagildo pide su ayuda para derrotar al rey Agila. Lo consigue pero los bizantinos invaden y se adueñan de importantes territorios del levante; Cartagena se convierte en su capital.

Allí ejercerán su dominio durante más de 80 años.

En el año 568, Leovigildo accede al trono de los visigodos. Funda una ciudad en la actual provincia de Guadalajara y la llama Recópolis, en honor de su segundo hijo Recaredo. La nueva urbe viene a unirse a la capital Toledo y a la pujante Mérida como centro de irradiación económica y cultural.

En un intento de terminar con la inestabilidad del poder, impone la monarquía hereditaria entre los miembros de una misma familia. También quiere un solo pueblo; para lograr la unificación de godos e hispanorromanos deroga leyes anteriores y autoriza los matrimonios mixtos entre ambas comunidades. Desea atraer a los católicos a abrazar la fe arriana. Convoca el concilio arriano de Toledo para limar desavenencias. Pero las diferencias religiosas continúan y llegan a la misma cúpula del poder godo. El hijo de Leovigildo, Hermenegildo, que, nombrado por su padre, gobierna la Hispania meridional, se alza en armas contra él, en nombre de la fe católica. Establece alianzas con otros pueblos católicos, los suevos y los bizantinos, a los que cede importantes territorios en la Bética. Una gran parte de la antigua oligarquía hispanorromana deseosa de recobrar sus privilegios apoya la rebelión. El escudo de la religión oculta en la realidad una soterrada lucha por el poder.

Tras una cruenta guerra, Leovigildo derrota a los rebeldes. Los suevos pierden su reino tras casi 150 años de independencia y los bizantinos se retiran. Hermenegildo se refugia en Córdoba. En una iglesia acuerda con su padre la rendición.

El historiador franco Gregorio de Tours sentencia en su relato de los hechos.

**VOZ GREGORIO DE TOURS (off).- El infeliz no sabía que el castigo divino alcanza a aquel que tal trama contra su padre, aunque este sea un hereje.**

**NARRADOR (off).**- Hermenegildo salva la vida tras renunciar a sus aspiraciones de realeza. Es desterrado primero a Valencia y luego a Tarragona donde es asesinado en oscuras circunstancias. La historiografía católica considera desde entonces que su muerte es causada por la defensa de su fe católica. Hermenegildo es santificado y se convierte en mártir.

A la muerte de Leovigildo, su otro hijo, Recaredo, es nombrado rey. Prosigue la obra emprendida por éste y somete los últimos reductos peninsulares controlados por suevos, vascos y bizantinos que tan sólo conservan ya Cartagena.

Recaredo se hace católico por la influencia del Obispo de Sevilla, Leandro; en el año 589 proclama la conversión oficial del reino al catolicismo y la supresión del culto arriano. Entre los asistentes al evento se encuentra Isidoro de Sevilla, hermano de Leandro.

Isidoro, erudito consejero de diversos reyes godos y, luego, como sus hermanos, Obispo de Sevilla, escribe numerosas obras en latín, entre ellas, una historia de los godos.

En “Las Etimologías”compila el saber antiguo desde una perspectiva cristiana. Sus veinte volúmenes comprenden las más diversas materias: gramática, dialéctica, aritmética, geometría, música, astronomía, medicina, derecho....arquitectura, lenguas y pueblos, mineralogía, agricultura, navíos, juegos, guerras, teología...También habla de Hispania:

**VOZ ISIDORO (off).**- **“De entre todas las tierras que se extienden desde el occidente hasta la India, tu eres la más hermosa. ¡Oh, santa y feliz Hispania! Madre de las naciones, tú que no sólo iluminas el océano sino también el oriente. Tú eres el honor y el ornamento del mundo, tú, la parte más ilustre de la tierra, donde florece la fecunda gloria del pueblo godo”**

NARRADOR (off).- Quizás por primera vez, el concepto de Hispania supera el sentido estrictamente territorial y adquiere una dimensión política, íntimamente ligada a la monarquía goda. El fortalecimiento del poder monárquico es el resultado de la unión de los reyes godos con la jerarquía eclesiástica, es decir, con la aristocracia hispanorromana. Recaredo, tras su coronación, dona a una iglesia su corona.

Los concilios se suceden presididos por los obispos y los monarcas. El rey Suintila conquista Cartagena y expulsa definitivamente a los bizantinos. El reino parece tener consistencia. Pero todo es un falso espejismo. Los grupos aristocráticos y la Iglesia están detrás de cada nombramiento de un nuevo rey. Las disputas por la corona prosiguen y con ellas los asesinatos. La población está hambrienta e insatisfecha. Astures y cántabros se rebelan; la represión de los godos es despiadada. Los campesinos ven sus campos assolados y su vida maltratada por la actividad guerrera de los godos. La aparición de epidemias como la peste ensombrece aún más el futuro. El odio contra los judíos a los que se prohíbe viajar y se acusa de conspiración contra el reino, hace que estos vuelvan su mirada hacia un mundo más tolerante.

En el norte de África los musulmanes recién asentados practican la religión islámica pero respetan la libertad de cultos. Los judíos no serán los únicos en admirar la nueva civilización.

Tras la muerte de Vitiza, Rodrigo es el último rey godo.

Representa a un estado oligárquico alejado de la sociedad y acosado por las intrigas. Mientras Rodrigo combate la sublevación de los vascos en el norte, otros nobles pactan la invasión de Hispania por las tropas musulmanas de Tarik y Muza. Los musulmanes apenas encuentran resistencia en una población cansada de la monarquía goda.

Mientras, unos aristócratas godos se refugian tras las montañas cántabras y esperan. Añoran su capital, Toledo. Su melancolía por el reino desintegrado es también resistencia. Desde las montañas vocean su religión y los ecos encuentran apoyo en los montañeses norteños con los que antaño se enfrentaron. Su grito es el de cruzada, su guerra.... santa.

